



Balsamo, Luigi. *La bibliografía: historia de una tradición*. España : Ediciones TREA, 1998. 214 p. – (Ser. Biblioteconomía y Administración Cultural; 20) ISBN 84-89427-99-2

**Reseña elaborada por:  
FELIPE MENESES TELLO**

**L**uigi Balsamo nos ofrece una obra de ocho capítulos que se proponen esclarecer con cierta profundidad algunas configuraciones históricas que nos ayuden a comprender con mayor nitidez la evolución de los instrumentos fundamentales de información documental que los estudiosos en este campo agrupan bajo el término *bibliografía*.

El autor comienza haciendo una puntualización en la que justifica el carácter histórico que, a su juicio, es factible desarrollar en el marco de la bibliografía. Así, en cuanto a esta materia establece que: “Las definiciones que ofrecen los diccionarios y manuales no suelen ir más allá de una descripción física, que cristaliza el fenómeno bibliografía en una dimensión puramente instrumental, descuidando su consistencia histórica”. Esta inquietud de Balsamo lo lleva a investigar la bibliografía no como un referente “desde el punto de vista técnico”, sino como un “complejo sistema de comunicación social” que puede ser analizado a partir de una arista proyectada en las coordenadas de espacio y tiempo. Así pues, propone que la bibliografía se extienda del cuestionamiento “¿qué es?” a “¿qué ha sido?” esta empresa intelectual hasta hoy día; es decir, “qué funciones ha desarrollado en las distintas épocas y en los diferentes países”. En otras palabras, sugiere entretener la bibliografía en un entramado histórico que nos permita distinguir toda la posible gama de hechos que están unidos directamente con su desarrollo. Ésta es una de las premisas que plantea el capítulo primero, intitulado *Ayer y hoy de la bibliografía*.

Balsamo sabe que para discurrir en torno de temas sobre historia de la bibliografía, es necesario concatenar puntos de vista propios de la bibliografía o inherentes a la historia del libro y de las bibliotecas. Por ello en el capítulo segundo aborda la *Información y circulación de libros en el medioevo*, pero procura dar cuenta principalmente de los inventarios o listas de libros compilados que respondían a la necesidad de facilitar el mercadeo regular de estos productos culturales. Es decir, rescata datos históricos que nos informan cuáles eran las posibilidades para identificar y disponer de ejemplares de tal o cual obra. Logra así distinguir funciones reveladoras sobre las compilaciones generales elaboradas entre los muros de las bibliotecas medievales, enclavadas en catedrales y monasterios.

Más adelante Balsamo identifica tres circuitos del libro. Los dos primeros son, el universitario y el eclesiástico, de naturaleza institucional y operaban desde el

medievo. Llegado el siglo XV, hace su aparición el tercero, el privado; esto es, el nutrido por estudiosos particulares, lo que originaría, según asienta el autor, el auge de una nueva cultura humanística que daría paso a la constitución de importantes bibliotecas personales y a “una tupida red de intercambios de información libresca”. En este contexto intelectual, nuestro autor comenta la formulación del “canon bibliográfico” que aquellos hombres tuvieron la necesidad de elaborar para establecer la “regla” o los criterios a los que debían sujetarse los demás interesados tanto para desarrollar las bibliotecas ideales como para transmitir las noticias bibliográficas.

El nacimiento de la tipografía en Europa vendría también, señala Balsamo, a revolucionar la difusión del libro, surgiendo así una “nueva dimensión empresarial”, por lo que los protagonistas del mundo del libro debieron requerir “nuevas formas de mercado”. Estos hechos concretos provocaron la necesidad de contar con nuevos instrumentos de información, tales como los “auténticos catálogos” en forma de folleto, octavillas y boletines, u obras publicadas o en prensa. Estos acontecimientos dieron lugar a la aparición de numerosos repertorios de libros elaborados por editores, impresores y libreros de la época. En el capítulo tercero, *El canon bibliográfico del siglo XV y la imprenta*, Balsamo afirma que estos “son los primeros instrumentos de información bibliográfica”, esto es, los antecedentes de “los repertorios de naturaleza erudita y científica”. Géneros bibliográficos (el comercial y el erudito) que se han venido perfeccionando hasta nuestros días.

En efecto, el trabajo bibliográfico de carácter comercial pronto fue complementado por el de diversos estudiosos, cuyos repertorios comenzarían a distinguirse por ser más sistemáticos y estar circunscritos a conocimientos especializados. Por esta razón el capítulo cuarto es intitulado *Los cánones bibliográficos del siglo XVI: de la bibliotheca universalis a la bibliotheca selecta*. En este apartado Balsamo destaca que el “culto al método” y al orden sería el elemento relevante de la personalidad de los bibliógrafos de aquella centuria, pues ya no se trataba de simples listas, sino, incluso, de repertorios bio-bibliográficos, característica que continuaría presentándose en los siglos siguientes con el fin de hilar con decoro los aspectos biográficos y bibliográficos de personajes ilustres.

Es así como durante el siglo XVI comienzan a prepararse y publicarse los primeros repertorios bibliográficos, tanto en el marco de las humanidades (literatura, derecho) como en el de las ciencias naturales (medicina, zoología, botánica), evolución que va desde el interés de una recuperación de obras, sin exclusión selectiva, hasta el refinamiento de métodos que evidenciarían características innovadoras. Todo esto se proponía tener una visión orgánica: “servir al lector, satisfacer su demanda de información y de documentación cultural”. En este sentido, el conjunto de obras incluidas y su descripción bibliográfica debió resultar más articulada y más completa con respecto a ciertos repertorios de los libreros que precisamente carecían de sistematicidad.

Al estudiar la bibliografía del siglo XVII en el capítulo quinto (*Bibliographia entre bibliotecas y periódicos literarios en el siglo XVII*), Balsamo hace especial énfasis sobre el papel que tiene esta práctica en el plano de las bibliotecas. Y destaca la perspectiva de figuras como Naudé, referentes a importantes principios y criterios bibliotecológicos, entre los que sobresale el uso público de los fondos documentales, es decir, la circulación de los libros “sin ninguna restricción a su contenido o a sus autores, y sin distinción social entre los lectores”. Finalidad que articula con la difusión de los impresos a través del ejercicio de los bibliógrafos de la época, quienes se empeñarían en “adquirir toda suerte de libros” tanto para nutrir bibliotecas como para desarrollar instrumentos o repertorios de recuperación de información bibliográfica, los cuales hoy en día resultan importantes testimonios para el historiador de este tipo de fuentes.

Para Balsamo las bibliografías del siglo XVII son “como espejos de la situación cultural y social de cada país” en las que a veces se destaca el sentimiento de nacionalidad. Sin embargo, en el análisis que hace de diversos repertorios elaborados a lo largo de esa centuria, enfatiza principalmente las peculiaridades que los distinguen: agrupación de los registros, tipos de índices, uso de nombres ficticios, alcance temático y geográfico, etcétera. De esta forma, el autor teje finalmente el ámbito social del trabajo bibliográfico de la época con las formas estructurales y la variedad de la evolución técnica del repertorio.

Por lo que respecta al capítulo sexto, Balsamo circunscribe su estudio en torno a *La bibliografía de los periodistas, de los profesores y de los libreros en el siglo XVIII*. Primeramente nos advierte sobre los dos tipos de información bibliográfica que es necesario distinguir: por un lado las bibliotecas/repertorios o *bibliothecae*, comúnmente escritas en latín, que representaban la “memoria informativa” para favorecer el conocimiento y la difusión de la producción editorial; por el otro las bibliotecas/colecciones de libros que eran la “memoria documental”, materia prima que hacía posible los *catalogus librorum* destinados especialmente a ofrecer un inventario de los materiales de una determinada colección. A este panorama se habría de agregar el trabajo bibliográfico, publicado en los periódicos, de los estudiosos, donde la información sería redactada en las lenguas nacionales para que esta labor garantizara un mayor acceso al público. Así, a lo largo de este capítulo, nuestro autor nos ilustra acerca de los antecedentes y las características de las diversas compilaciones que elaboraron varios protagonistas del universo de la bibliografía durante esa centuria.

Balsamo en el capítulo séptimo, intitulado *La bibliografía de los bibliotecarios y de los historiadores en el siglo XIX*, nos presenta un análisis histórico pero a la vez teórico con relación en la evolución de la *bibliographie*, tomando como punto de partida los “efectos traumáticos” que ocasionó la Revolución en Francia en el terreno de las bibliotecas ante “el aluvión de libros” que se presentó a causa de la expropiación estatal de material bibliográfico a eclesiásticos, familias aristócratas y adversarios de la revolución. Continúa con el análisis de algunos puntos de vista que fueron delineando particularmente la figura profesional del bibliotecario en el campo no sólo de las bibliotecas sino también en el de la bibliografía. Así, con base en G. Peignot y Née de

la Rochelle, infiere que el bibliotecario sería durante ese siglo “el personaje más complejo y completo” puesto que “a él se le asignaba un cúmulo de cometidos técnicos y de preparación cultural que se añadía a los ya amplísimos deberes propios del bibliógrafo”. Ante este significado, nuestro autor profundiza su discurso en la polémica que se suscitaba en esos tiempos en relación con la búsqueda y definición de la identidad profesional del bibliotecario frente al quehacer de la bibliografía.

En el capítulo octavo y último, *Hacia un nuevo desarrollo*, Luigi Balsamo desarrolla una discusión breve en la que señala cómo fueron generalizándose “el uso del término bibliografía como título de los repertorios”; cuál fue el objetivo de la aspiración de conformar “una memoria bibliográfica universal”; cómo en el plano teórico se intentó desgranar la enseñanza de la bibliología (en historia del libro, bibliografía y biblioteconomía) para evitar una ambigüedad léxica; cómo fue cultivándose la bibliografía tipográfica de los libros antiguos y raros; y cómo la bibliografía ha tenido que encarar los cambios derivados del progreso tecnológico que han impuesto nuevos formatos y nuevas prácticas técnico-científicas de compilación y registro para un eficaz uso de la recuperación de datos, entre otros asuntos de particular importancia. Así, nuestro autor finaliza este apartado con el problema de la “dimensión cuantitativa” en el ámbito bibliográfico que desde el siglo XIX ha venido preocupando a todos los protagonistas del mundo de la información bibliográfica, pero en especial a los bibliógrafos y bibliotecarios.

Cabe agregar que la obra de Balsamo incluye al final una “nota bibliográfica, cuyo fin es indicar una literatura más profunda sobre la materia que analiza, y también las adiciones y actualizaciones a la nota bibliográfica con respecto a la primera edición. El libro culmina con un abundante índice onomástico.